

*Cartas desconocidas de Rubén Darío (1882-1916)*, introducción, selección y notas de Jorge Eduardo Arellano; Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000; 432 páginas.

*El sabio Debayle y su contribución a la ciencia médica en Centroamérica*, de Jorge Eduardo Arellano; Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000; 200 páginas.

Si es realmente posible acceder al claustro íntimo del *otro* —y quizá no lo sea; ni siquiera asomarse al propio—, las cartas que cada ser humano ha escrito resultan, desde luego, un mirador indispensable, privilegiado; la película en la que quedan impresos sus afectos, razones o turbaciones. En la empresa, forzosamente inconclusa, de matizar hasta el extremo el retrato de una personalidad, la de Darío, tan aseada como inagotable, las *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, seleccionadas por Jorge Eduardo Arellano, constituyen —y no es poco decir— una aportación significativa. El volumen reúne y sistematiza, aprovechando la labor de compiladores anteriores —desde la edición, pionera, del peruano Ventura García Calderón (1920) o los sucesivos repertorios de Alberto Ghirardo (1926, 1940, 1943), pasando por las compilaciones parciales de, entre otros, Dictinio Álvarez (1963), F. S. Fort (1966) o Edelberto Torres (1967), hasta el reciente *Epistolario selecto* (1999) de Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris— y añadiendo un buen número de piezas inéditas, una nutrida selección del corpus epistolar del autor. La colección, formada por doscientas cincuenta cartas pertinentemente anotadas, con indicación de la fuente y aclaraciones sobre los nombres aludidos, recorre la vida de Felix Rubén García Sarmiento entre 1882 y 1916. Los textos, ordenados cronológicamente, se entreveran con una precisa biografía —firmada por Julio Valle-Castillo— que permite ubicarlos en la trayectoria vital del poeta. Completa el libro un apéndice con siete piezas autógrafas.

No se revelan —no cabía esperarlo— facetas ignoradas de Darío, pero se documentan de manera vívida, estremecedora a veces, aspectos ya conocidos de su biografía o talante: su obstinada neurastenia, indisociable de una lacerante desazón existencial —«Mi cerebro ha estado a punto de estallar, mi sangre a punto de paralizarse; dolores, desmayos, una calamidad. Luego, el inmenso hastío que ve hasta la misma muerte como un refugio (54)—; una relación dialéctica, no siempre fácil, con su país natal —«Pena me ha dado ver y comparar lo que era en mi tierra y cómo se me trata y aprecia en Chile» (9); «En fin, cada vez que me he acercado a la tierra en que nací ha sido para padecer» (53); pero también: «Yo no podré olvidar que León ha sido la ciudad querida de mis primeros años» (72); o incluso: «Comprendo la nostalgia, ¡yo la tengo, aunque parezca mentira! Sin fiebres, sin mosquitos, sin polvo, sin calor horrible y sin temblores, júrole que me iría a acabar mis días a Nicaragua» (164)—; una aguda y permanente sensación de soledad —«El estado moral, o cerebral, mío es tal, que me veo en una soledad abrumadora sobre el mundo» (227)—; la susceptibilidad ante las opiniones de los críticos —pues «la aspiración

de un poeta, de un artista verdadero, en lo que se refiere a la crítica, es ser comprendido» (64)—; o, por supuesto —los ejemplos son innumerables—, la acuciante penuria económica.

Si las *Cartas desconocidas de Rubén Darío* proponen, pues, una inmersión de primera mano en el sol mismo del sistema dariano, *El sabio Debayle*, también de Jorge Eduardo Arellano, instala al estudioso de la literatura en una de sus órbitas más próximas. En *Negra espalda del tiempo*, el narrador-protagonista, de nombre Javier Marías, advierte al personaje episódico llamado Francisco Rico: «Es posible que seas más recordado por haber aparecido como personaje en una novela tan perdurable que sea rastreada hasta el infinito, que por cuanto esté en tu mano lograr con tu aplicación y tu talento exegético y tus saberes acumulados». Luis Henry Debayle (1865-1938), figura preeminente de la aristocracia criolla nicaragüense, conspicuo cirujano y poeta y ensayista ocasional, debe buena parte de la relativa —fuera de Nicaragua— pero inalienable parcela de inmortalidad que le corresponde a dos poemas de Rubén Darío: el celeberrimo cuento rimado «A Margarita Debayle», dedicado a una de sus hijas, y el soneto alejandrino «En casa del doctor Luis H. Debayle», incluidos, ambos, en *Poema del otoño y otros poemas* (1910) y compuestos durante la apoteósica estancia de Darío en Nicaragua entre noviembre de 1907 y abril de 1908 organizada por el propio Debayle y recreada por Sergio Ramírez en la primera parte de su novela *Margarita, está linda la mar* (1998).

*El sabio Debayle* constituye un asumido «ensayo reivindicador» —el sintagma es del autor— enderezado a recuperar por sí misma a una personalidad central de la Nicaragua del cambio de siglo relegada, a su juicio, en los últimos años, por razones políticas. En efecto, Debayle, suegro de Anastasio Somoza —con quien contrajo matrimonio en 1918 su hija mayor, Salvadora Debayle Sacasa—, ha quedado en el imaginario nicaragüense asociado a la memoria del dictador, un estigma que ha impedido una justa ponderación de su talla intelectual y de sus aportaciones a la ciencia y a la cultura del país. Arellano, por ello, se esfuerza en desvincular a Debayle del somocismo y entroncarlo, a cambio, en la tradición liberal nicaragüense, como declarado simpatizante del Partido Liberal Nacionalista del general —«progresista, aunque autócrata»— J. Santos Zelaya, artífice, entre 1893 y 1909, de la llamada «Revolución Liberal».

Estamos ante una semblanza profusamente documentada, fundada en un exhaustivo rastreo tanto de textos originales del cirujano leonés como de bibliografía pasiva acerca de su quehacer profesional, su personalidad o su peripecia vital. El autor encarece especialmente su decisiva contribución a la transformación de la praxis médica en Nicaragua: a Debayle, formado en Francia —llegó a ser elegido miembro de la Academia de Medicina de París—, se debe la introducción en el país centroamericano de nuevos hábitos y técnicas —la esterilización, por ejemplo, que permitió el desarrollo de la cirugía y el descenso radical de la mortalidad por infección después de la intervención—, así como del moderno instrumental médico —bis-

turí, escalpelo, estetoscopio— desconocido hasta entonces; como profesor y decano de la Facultad de Medicina de León, impulsó, además, un desacostumbrado rigor en el proceso de formación de los nuevos facultativos, generalizando las prácticas de disección en cadáveres y promoviendo el empleo de textos de referencia actualizados que recogieran las nuevas ideas de Listen o Pasteur.

El libro se completa con un capítulo dedicado específicamente a la prolongada y fraternal amistad que unió a Rubén Darío con Luis Debayle —desde la infancia, como compañeros de juegos y condiscípulos en el colegio de jesuitas de León, hasta la muerte del poeta, en febrero de 1916, asistido por el doctor— y un extenso apéndice en el que se incluyen algunos textos acerca de Debayle escritos por sus contemporáneos —dos de ellos, de Darío: «Prólogo que es página de vida», concebido para encabezar una edición de su producción literaria, y la etopeya «Discípulo ferviente de Pasteur», tomada de *El viaje a Nicaragua* (1909)— junto con otros, originales, del biografiado. Conocemos, por éstos, al empedernido francófilo —«Entre Francia y Nicaragua, de escoger, no acierta a decir el corazón. La una grande, mi madre legítima, de cuyo seno me privó el azar; la otra, la generosa madre adoptiva, escuchó mi primer vagido», escribe en «Mis dos patrias»—, al fino humanista —el «Discurso en el Primer Aniversario de la muerte de Rubén Darío», inevitablemente ampuloso, contiene, no obstante, un certero análisis de conjunto de la poesía dariana— y al positivista convencido que confía sin tasa en las posibilidades de la ciencia: al hombre de su tiempo —si se me permite el tópico— que fue, en suma, Luis Debayle.

RICARDO LOBATO

BINNS, Niall: *Un vals en un montón de escombros. Poesía hispanoamericana entre la modernidad y la postmodernidad* (Nicanor Parra, Enrique Lihn). Berna, Peter Lang ed., 1999.

El presente estudio, derivado de la tesis doctoral del autor, se abre con una firme delimitación conceptual de las líneas en torno a las que se perfilará. Las primeras páginas nos hablan de la confusión que ha reinado, y aún hoy es frecuente, entre los teóricos de la Posmodernidad. Binns pretende que sus páginas sean el ágora en el que se sometan, no tanto a juicio, pero quizá sí a revisión las teorías de la Posmodernidad para una aclaración pertinente con vistas a su consecuente aplicación a la poesía chilena contemporánea.

Las obras de creación que se analizan son las de los dos poetas que aparecen en el título del libro: de Parra *Poemas y Antipoemas* (1954), *Versos de Salón* (1962), *Obra gruesa* (1969) y *Artefactos* (1972), y de Lihn los poemarios publicados en la década del 60: *La pieza oscura*, *Poesía de paso*, *Escrito en Cuba* y *La musiquilla de las pobres esferas*.